

Providencia en cabeza de todas las heroínas de la resignación que llevan en sus manos hasta por nuestros templos católicos las verdes palmas, las blancas túnicas, las etéreas aureolas del martirio. Lo que lleva principalmente dentro de sí es la entraña de mujer que, criada para el amor, comparte, á virtud y eficacia de su compasión, ese amor de los amores, todas las penas humanas.

Miradla, joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus espaldas, los ojos vueltos hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando: ¡parricidio! ¡incesto! Y en torno suyo se dilata el desierto, pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, á causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes

propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la sobreposición de instituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí misma, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas.

Sófocles ha engrandecido y hermoseado todas estas virtudes, ciñéndolas de los esmaltes del genio y abillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo el infeliz maldecido por los hados, el consuelo de su muerte y de su sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al bosque donde residen las

Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza, y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura.

Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Ática van por allí errantes sin freno ni montura; los ruseñores gorjean bajo la oscura hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo cargado de rocío celeste se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de glaucas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe seguido por sus ninfas exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas, entre las ondas brillantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siem-

pre sonriente como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avvicinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos, que lo maldecían y lo rechazaban, se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis. Pero le roba el cielo, como á Elías en la Biblia, y priva de beneficios no merecidos á sus perseguidores.

¡Cuánta parte no han tenido las virtudes redentoras de Antígona en la redención del mísero Edipo! Mas no le basta, no, á esta hermana de la caridad, engendrada por el antiguo paganismo, los consue-los en vida llevados á su padre; quiere también prestar los debidos honores fúnebres á su hermano Polinice. Después de haber alcanzado al extremo de alto heroísmo en la obra de acorrer y consolar á su padre, parecía imposible que llegase hasta sobrepujarse á sí misma, rayando como hija donde rayó como hermana. La desgracia pasa como vínculo de padres á hijos en la familia del infeliz tebano. Eteocles y Polinice, que le deben el sér y que comparten

el trono, llegan á enemistarse hasta el punto de perseguirse con mutuos odios en abiertas guerras. Pero Eteocles, habiendo quedado en el trono, representa la defensa de Tebas, mientras Polinice, habiendo caído del trono y marchándose á extrañas tierras personifica y representa el ataque á la ciudad natal. No le perdonarán esto los dioses. Pero él, que arrojava de Tebas á su padre por creerlo funesto á su familia, en cuanto sabe cómo los dioses le han perdonado, y se han de nuevo avenido con él, corre á pedirles su intercesión propia con el cielo para que levante de sus espaldas las abrumadores maldiciones que las agobian. Edipo, al ver frente á sí un hijo tan despiadado, y tan implacable un día para él, en aquella desgracia que no había merecido, redobra su agobio, uniendo las paternas maldiciones á las maldiciones divinas. Aquí reaparece de nuevo el ministerio decretado por el alma de Sófocles á la piadosa Antígona, el ministerio de intercesión misericordiosa con todos los que pueden á favor de todos los que padecen. Antígona junta sus manos y dobla sus rodillas para que no maldiga Edipo á Polinice.

Pero las maldiciones del cielo y del padre se cumplen. El conquistador Cleón sube al trono de Tebas prevaliéndose de las cruentas luchas entre los dos hermanos. Y como quiera que Polinice haya muerto allegando fuerzas contra su ciudad natal, condénale Cleón al más terrible de los castigos antiguos después de la muerte, á quedar insepulto para pasto de cuervos, buitres, cañes y hienas. Desconocería los clásicos pueblos quien desconociera el horror

siempre por ellos experimentado á esta terrible suerte de los insepultos. No existe maldición que tema tanto un héroe cualquiera, el más formidable de los héroes antiguos, como la que pudiese condenarle á morir sin esperanza de obtener los honores fúnebres debidos á la muerte. El más desgraciado de los mortales en los tiempos antiguos es aquel que no encuentra quien le cierre los ojos, le vista las ropas fúnebres, le lleve á los patrios campos, le deposite dentro de su sepultura y le ofrezca los debidos necesarios sacrificios para que los dioses del abismo lo reciban contentos y provean á su paz eterna. Para comprender cómo se ligaban las familias antiguas, los muertos con los vivos y los vivos con los muertos, hay necesidad imprescindible de recordar cómo la familia constituía una especie de comunidad religiosa, y cómo se ligaban por una especie de culto el tálamo de los matrimonios con la cuna de los hijos, la cuna de los hijos con el altar de los penates, el altar de los penates con el sepulcro de los abuelos, todo ello envuelto por una especie de liturgia, la cual consagraba muerte y vida con prestigiosos y solemnes ritos. La piedra del sepulcro resultaba el ara de los lares, y el ara de los lares la piedra del hogar. Vivos y muertos estaban así en permanente comunidad.

Conociendo la piedad incomparable de Antígona, inútil añadir cómo consideraría ella el deber de prestar culto á los restos de su hermano. El vencedor y tirano Cleón había dispuesto que permaneciesen insepultos, condenando al contraventor de tal disposición á muerte. Pero no le importaran

estos rigores de la tiranía implacable á quien ha probado ya otros rigores más terribles, los rigores del cielo. Si por su padre ha desafiado las cóleras de los dioses, por su hermano tiene que desafiar las cóleras de los hombres. Ha crecido en la miseria, en la soledad, alimentándose de una compasiva limosna, sin abrigo contra el frío, y contra el calor sin sombra, maldecida y afrentada como generación triste de un horrible infame incesto, y no ha vacilado en el cumplimiento de sus deberes filiales; menos, mucho menos vacilará en buscar los despojos del hermano insepulto para reunirlos á los despojos de sus desgraciados progenitores y prestarles el culto que deben los vivos á los muertos. Igual heroísmo que al salir de Tebas en busca de su padre maldito muestra saliendo en busca de su hermano muerto. Los perros aullan, los cuervos aletean, la desolación cubre aquellos terrenos asombrados por nefastos decretos del destino, la corrupción de los restos dejados al sol y al aire hiede y mata envenenándolo tado con sus homicidas miasmas; pero Antígona, que ha soportado como hija las iras de los dioses, como hermana soportará las iras de los hombres. Y sin curarse para nada en estos instantes supremos de si una sentencia capital irrevocable la persigue, atravesará los campos de batalla hechos por la manzanza vastos cementerios, é imagen de la piedad humana, cumplirá su deber con el cadáver como lo cumpliera con el vivo. Y al consolar al afligido, acorrer al pobre y enterrar al muerto, resultará en la historia como el ideal perfecto de todas las virtudes que á la mujer exaltan y engrandecen.

Con el arte propio de los grandes poetas, arte intuitivo, y por lo mismo infalible, pone Sófocles junto á la hermana, que busca el cadáver, menospreciando la tiranía y sus disposiciones, junto á la inflexible Antígona, la flexible Ismene, más circunspecta en estimar las circunstancias y en ver lo que impone la realidad á cuantos en ella se mueven y viven. Así dirige algunos reparos sensatísimos á las resoluciones decisivas de su hermana. Pero ésta no quiere volver á oír, y el freno de las observaciones puestas por Ismene á sus deseos, lejos de refrenarla, sólo consigue moverla más y decidirla contra toda vacilación en el cumplimiento de su deber sagrado. El hogar heleno se funda sobre un culto muy respetado, el culto debido por los vivientes á los muertos; y Antígona, en su amor á todos los suyos, no quiere que un criminal ocio de sus manos rompa lazos eternos y concite más aún contra su familia los dioses infernales. El deber la inspira, y han de cumplirse con todo rigor sus inspiraciones imperiosas. El rey de Tebas, el que ha sustituido á los dos hermanos muertos, promulga por medio de pregoneros y heraldos la terrible sentencia. Ido Polinice contra el hogar de la patria en vida, no puede concederle, no, la patria en su seno el hogar de la eternidad en muerte. Pero Antígona sólo conocerá la santa ley de su amor, y sólo verá en el sublevado contra la ciudad al hermano de su corazón. Como todos los resueltos la sirven, pone por obra lo pensado, así que le asoma en el espíritu tal pensamiento. Pero un guardia de Cleón la sorprende al sepultar el insepulto, y la lleva en pre-

sencia de la corte. Los relatos del crimen le dan por su clara y sublime sencillez un verdadero atractivo.

En la hora de caminar al sitio donde había de honrar Antígona el cadáver, los vientos del cielo se levantaron en torbellino sin número y cubrieron la comarca de negro polvo parecido á un espeso humo. Resistió la joven á esta inclemencia más de su destino, irguiéndose como el arbusto que se alza del suelo hasta donde le ha doblado el huracán, firmísimo en sus raíces é intacto en su tronco y en su copa. Y cumplió, contra todas las furias de los elementos, su obra de piedad. Amontonada toda la tierra que pedían los rituales sobre aquel cuerpo descompuesto, y malditos los que debieran inhumarlo y lo exhumaron, ofreció tres libaciones de hidromiel y leche á las divinidades infernales con voces parecidas al grito de las avecillas que llevan la comida para sus pequeñuelos en la boca y encuentran robado y vacío el nido. Hermosa verdaderamente Antígona en todos los aspectos de su sér, aparece imagen fidelísima de la mujer ideal que debía transmitirnos el mundo antiguo como un ejemplar modelado para norma y enseñanza de lo porvenir. Las dos piedades que han asaltado sus entrañas nos la muestran en dos actitudes, trágicas por su esencia, escultóricas por su forma. Entre las cóleras que la persiguen y los elementos que la combaten y azotan, aparece muy bella como báculo de su padre; pero no menos hermosa como estatua tumularia puesta en sacro campo sobre frío cadáver, como un símbolo inmortal del intenso

dolor sufrido por las pobres mujeres en todos los duelos de la familia y en todos los entierros.

La joven va, después de haber cometido su piadoso crimen, ante aquel tirano, que aparece, cual todos los tiranos, rey, sacerdote, juez, imagen de la sociedad asiática, fundada sobre las teocracias y sobre las castas, que deshará el soplo de la democrática, y republicana, y libre Atenas. Aquel interrogatorio en que la conciencia de una débil, pero valerosa joven, opone sus resoluciones personales á la tiranía histórica, resulta de belleza y de profundidad sólo semejantes á los diálogos en que Platón diera conciencia de sí al humano espíritu y lo relacionara con la divinidad. Cuando el rey le arguye de que, promulgadas sus leyes, las cuales defendían inhumanas al culpado, las ha desoído, Antígona responde con la invocación de otra ley divina promulgada por los inmortales, y contra las que nada puede mísero edicto pregonado por heraldos y obra frágil de un pobre mortal. En la conciencia, con letras más luminosas que los astros diseminados por los espacios, hanse códigos tales promulgados, y cuanto contra ellos se dicte ó haga tendránlo por irritado las generaciones, sabedoras de que ser, vivir, respirar, crear, todo lo deben á los dioses creadores, desacatados por mísera criatura, que se imagina valer tanto como ellos por llevar en sus sienes la corona de rey. Las leyes puestas al mundo y al espíritu por divinas y promulgadas al crearse las almas y las cosas, en la hora de su creación misma, levántanse frente al tirano y á la tiranía en toda su fuerza y en todo su esplendor. Las

víctimas inmoladas por haberlas obedecido, no harán más que aumentar su rigor. Así Antígona, inspirada por su heroísmo, como todas las mártires, ve con éxtasis acercarse un momento en que servirá su palabra de testimonio á la patria religión, su cuerpo de víctima propiciatoria en las aras familiares, su vida de incienso disipado en el templo más propicio á la divinidad, en el templo de una purísima conciencia. En vano el rey quiere intimidarla; no puede, no, desposeerla de otra cosa que de la vida, y se la ofrece de grado, tan resuelta de suyo al martirio, como resuelta estaba también á la inhumación. Así cuantas observaciones le dirige con rabia el déspota para cohonestar la sentencia dada contra su hermano muerto y la que apercibe contra ella viva, caen á las plantas de Antígona rotas por una frase de sus labios. Fuera de sí por aquella incontestable argumentación, dice Cleón que no perdona al enemigo, ni muerto. Y Antígona proclama triunfalmente con sólo dos palabras el Evangelio eterno de mujer, exclamando que ha nacido ella, no para el odio, para el amor.

Ismene, al ver esto, se arrepiente de su anterior debilidad, y reclama parte activa en el crimen perpetrado por Antígona y la comunidad en el amenazador castigo. Pero Antígona proclama su inocencia y la condena con este acto de piedad bien cruel á vivir en el remordimiento y en el dolor. Imposible que un alma de tal modo heroica y una belleza de tal modo acabada pudieran pasar por los horizontes del mundo, siquier en sólo un vuelo, y no suscitaran amor. Hemón, hijo del tirano, se ha vendido á tantos

prestigios y abierto su pecho á la pasión de las pasiones. Pero Antígona, creyéndose manchada por su incestuoso infeliz origen, pura y sublime siempre, con el pensamiento y el deseo puestos en la inmortalidad como una mártir de las edades cristianas, no paga el amor sugerido por ella con la infamia y el oprobio; preferirá morir. Sabe que la quiere con cariño profundo el príncipe; pero no dice una palabra, en su resolución de abrazar otro sublime sacrificio antes que unirlo á la desgracia y á la deshonra connaturales á su nombre y á toda su familia. Hemón defiende á Antígona y su acto ante la cólera del rey su padre, y Cleón le amenaza con matarla en su presencia. «No morirá sola,» grita el enamorado, sin que la crueldad del rey cure de la sordera implacable, que no advierte, ni siquiera oye, cómo en esta frase también se contiene para él un tremendo castigo. Así pronuncia, ciego juez, la sentencia que condena sin piedad el cuerpo de la virgen á ser enterrado vivo. Y mientras las terribles nefastas líneas de tan siniestro acuerdo resuenan con lúgubre resonancia, el coro dice cómo acaba de penetrar allí el amor, quien, omnipotente, invencible, abate á los poderosos y exalta á los humildes, colora desde las auroras del cielo hasta las mejillas del joven, y va de los pacíficos establos á los revueltos mares como los rayos del sol y como los suspiros del aire. Ni el humano en su efímera vida, ni el divino en su vida perdurable, podrán huirlo. Y á todos prestará un furor sacratísimo como no sabe prestarlo ninguna otra pasión. Por lo cual, así como pervierte al justo hasta el extremo de ocultarle todas

las sirtes del vicio y al pacífico lo exalta también hasta empujarlo á la guerra, siembra discordias irreconciliables entre Cleón, que ha condenado por sus desacatos á la inflexible Antígona, menospreciadora de sus leyes, y Hemón, que ha resuelto salvarla, ó bien morir con ella, para desposarse, ya que un mundo bárbaro no lo consiente aquí, allá en otro, siquier subterráneo é infernal.

Antígona, conducida por dos arqueros y velada con fúnebre velo, va tristemente á la caverna donde la enterrarán viva por haber ella enterrado á un muerto. Al verse muy próxima del abismo, sobre cuya boca se alza la piedra que debe cerrarlo para siempre, siente con vivo sentimiento, hija de la naturaleza, todos los hechizos de la vida humana, hecha por la luz y sustentada por el aire. La comparación entre los resplandores del cielo que se dilatan sobre su frente y los pliegues de las tinieblas que yacen á sus piés la hielan de humano espanto. Sus retinas se abren al sol que ilumina las cosas y sus oídos al concierto que forma el universo. Y entonces el amor le dice cuánto le ha faltado por no haberlo conocido. ¡Ah! El único epitalamio que resonará en los oídos de la virgen habrá de ser el grito estridente de las aves nocturnas, compañeras de su agonía. En efecto, nadie la socorre. Aquel coro, tan piadoso de suyo y tan abierto á los humanos dolores, la deja sola en el miedo al tirano sobre que toda tiranía se funda y á que toda tiranía se agarra. Para llegar hasta el borde terrible de la sima que implacablemente se la tragará, siente las espinas en sus piés ensangrentados y ve las lenguas

de las víboras asestadas como flechas contra sus carnes. Para que nada falte á esta pasión, á este martirio, halla allí también el escarnio de las muchedumbres. El coro se burla de la mártir. Antígona, dolorida, pone por testigo al cielo de que ningún mortal en su agonía la lloraba cuando era inocente, y el coro la recuerda con increíble brutalidad el incesto de su padre. A este recuerdo, un grito de horror sale de su pecho y una sombra bajada de lo alto cubre su agonía. Cleón, ciego de rabia, la empuja con sus ademanes y con sus palabras al abismo abierto para recibirla viva, y ella, colocada en el crepúsculo donde se mezclan el tiempo y la eternidad, se despide con amor de los mismos que la insultan en la tierra, y mira con éxtasis el sepulcro donde la esperan con los brazos abiertos sus antepasados.

Pero no ha concluído todo cuando Antígona se ha precipitado en la sima horrible. Las aves nocturnas gritan y revolotean viendo aquella víctima, de cuya sangre van á embriagarse y cuyas fibras van á comerse voraces en horrible banquete. Pero como el mundo natural y el mundo sobrenatural están en las religiones antiguas tan unidos, los gritos horribles de las agoreras aves despertarán á las furias divinas, quienes decidirán vengar aquel holocausto, dirigiendo emponzoñadas flechas al corazón del tirano para en él abrir una herida incurable. Efectivamente, un adivino le anuncia que su hijo Hemón, muerto de amor antes, morirá por ley natural ahora con Antígona, verdadera esperanza de su vida. Entonces, y sólo entonces, el sordó, y ciego, y